

Por María al Corazón de Jesús

La Virgen María ha jugado un papel importantísimo en la obra de la salvación y santificación de las almas. Ella ha estado siempre junto a Jesús.

De Ella tomó carne el Verbo de Dios al habitar entre nosotros. En sus brazos lo encuentran los primeros adoradores del Hombre-Dios. Por Ella realiza su primera manifestación como taumaturgo. Nos la entrega como Madre en el Gólgota, y al subir al cielo Jesús, será María la quede como Madre de esa naciente Iglesia.

Vemos así la Voluntad divina de que vayamos a Jesús por María, su Madre y Madre nuestra... Por eso se ha dicho que quien quisiera prescindir de la Virgen para ir directamente a Jesucristo, no acertaba la distancia; sino que por el contrario, la alargaba tanto, que le sería prácticamente imposible encontrarlo. Ya decía Dante: **“el que ora sin acudir a María la Virgen, pretende que su oración suba al cielo sin alas”...**

Cuando vemos los tesoros encerrados en el Corazón de Cristo, cuando escuchamos lo que la Iglesia nos dice en el prefacio de la Misa del Corazón de Jesús: “Para que abierto el corazón santuario de las divinas larguezas difundiera hacia nosotros los torrentes de su misericordia y de su gracia”, nos preguntamos ¿Quién los podrá alcanzar?

Hemos visto muchas veces esas imágenes de la Santísima Virgen con Jesús en los brazos; la mano de María señala el corazón que tiene el Niño a flor del pecho. Parece que nos está diciendo: “Toma, esos tesoros son para tí”. Pero al ver estas imágenes y este gesto de la Virgen, viene a la memoria aquella anécdota. Un Papa que se distinguió por su bondad, recibió el aviso de que un niño de pocos años, pedía insistentemente tener una audiencia con S. S.; sonrió el Papa ante la audacia de aquel pequeño y dijo en su bondad: “Pues que pase el niño”. Tímido el niño fue acariciado por el Papa que le preguntó: “qué quieres tú de mí”. El niño responde: Que me des alguna cosa para mi madre que está enferma en la cama. El Papa lleva al niño hacia su mesa y abre uno de los cajones. Ante los ojos del pequeño aparecieron montones de monedas de oro y plata. El Papa dice: Toma de aquí todo lo que quieras y se lo llevas a tu madre. El niño miraba aquellas monedas con los ojos muy abiertos, pero no cogía nada. El Papa le insiste, pero el niño no alarga la mano. Finalmente le dice al niño el Papa: “Pero ¿por qué no coges nada, si te lo doy yo? Entonces habla el niño y dice: Coge tú, Papa, que tienes la mano más grande”. Así le tenemos que decir a esa Virgen, nuestra Madre, cuando la vemos señalarnos los tesoros del corazón de su Hijo: Coge Tú, Madre, que yo tengo la mano muy pequeña, que soy miserable... Coge Tú, que me darás a torrentes las gracias encerradas en el Corazón de Cristo.

Alejandro Muñoz Priego SJ



*“Tú, Madre, me darás a torrentes
las gracias encerradas
en el Corazón de Cristo”*